MICHEL SERRES

Pulgarcita

El mundo ha cambiado tanto que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer...



gedisa
editorial





Michel Serres

PULGARCITA

PULGARCITA

POR

Michel Serres

de la Academia Francesa

gedisa
editorial

Título original en francés: *Petite poucette*

Traducción: Alfonso Díez

De la imagen de cubierta: ©Lunapark/Le Pommier
Diseño de cubierta: Marco Sandoval/Estudio Alterna

Primera edición: marzo de 2014, Barcelona

Avda. del Tibidabo 12, 3.º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

Maquetación: Editor Service, S.L.
Diagonal, 299 entlo. 1ª – 08013 Barcelona
www.editorservice.net

eISBN: 978-84-9784-797-1

Índice

Para Elena,
formadora de los formadores de Pulgarcita,
auditora de los auditores de los Pulgarcitos

Para Jacques, poeta,
que los hace cantar

1

Pulgarcita

Antes de enseñar lo que sea a quien sea,
al menos hay que conocerle. ¿Quién acude,
hoy día, a la escuela, a la universidad?

I
Novedades

Este nuevo alumno, aquella joven estudiante, nunca han visto ni ternera, ni vaca, ni marrano, no saben cómo se ponen los huevos. En 1990, la mayoría de los humanos, en todo el planeta, trabajaba en los campos y en los pastos; en 2011, en diversos países de Europa, apenas hay campesinos, sólo un uno por ciento. Sin duda, hay que ver en esto una de las rupturas históricas más importantes desde el Neolítico hasta nuestros días. Centradas antaño en las prácticas geórgicas, nuestras culturas, de repente, cambiaron. A pesar de que, en nuestro planeta, todavía comemos de la tierra.





Aquella o aquel a quien hoy os presento ya no vive cerca de los animales, ya no habita la misma tierra, ya no tiene la misma relación con el mundo. Ella o él admira únicamente una naturaleza que es como una Arcadia, la del ocio o el turismo.

Vive en la ciudad. De sus antecesores, más de la mitad vivían en los campos. Pero ella ahora, sensible al medio ambiente, prudente y respetuosa, produce menos polución que nosotros, adultos inconscientes y narcisistas.

Ya no tiene la misma vida física, ni su mundo es igualmente numeroso: de golpe, la demografía ha saltado de dos mil a siete mil millones de humanos, en el transcurso de una sola vida humana; ella o él habita un mundo más lleno.

Aquí, su esperanza de vida se acerca a los ochenta años. El día de su boda, sus bisabuelos se juraron fidelidad por apenas un decenio. Él y ella, si se plantean vivir juntos, ¿jurarán acaso lo mis-

mo por sesenta y cinco años? Sus padres heredaron hacia la treintena, ellos esperarán a la vejez para recibir este legado. Ya no conocen, ni las mismas edades de la vida, ni el mismo matrimonio, ni la misma transmisión de bienes.

Cuando iban a la guerra, con la flor en la punta del fusil, sus padres ofrecían a la patria una esperanza de vida breve; ¿irán ellos igualmente, teniendo ante sí la promesa de seis decenios?

Desde hace sesenta años, intervalo inédito en la historia occidental, ni él ni ella han conocido la guerra, y pronto tampoco la habrán conocido ni sus dirigentes ni sus maestros.

Como se benefician de una medicina al fin eficaz y encuentran en la farmacia analgésicos y anestésicos, han sufrido menos, estadísticamente, que sus antecesores. Hambre, ¿la han pasado? Pero es que, ya sea religiosa o laica, toda moral es al fin y al cabo una serie de ejercicios destinados a soportar un dolor inevitable





y cotidiano: enfermedad, hambre, crueldad del mundo.

No tienen ya ni el mismo cuerpo, ni la misma conducta; ningún adulto les ha sabido inspirar una moral adaptada.

Mientras que sus padres fueron concebidos a ciegas, el nacimiento de ellos fue programado. Debido a que, en cuanto a tener el primer hijo, la edad promedio de la madre ha aumentado entre diez y quince años, los padres de los alumnos de hoy han cambiado de generación. Más de la mitad se han divorciado. ¿Habrán abandonado, quizás, a sus hijos?

Ni él ni tampoco ella tienen ya la misma genealogía.

Mientras que sus antecesores se reunían en aulas culturalmente homogéneas, ellos ahora estudian en un colectivo donde conviven diversas religiones, lenguas, orígenes y costumbres. Para ellos y para sus maestros el multiculturalismo es la regla. ¿Por cuánto tiempo se podrá

cantar todavía, en Francia, la «sangre impura» de un extranjero?[1]

Ya no tienen el mismo mundo mundial, ya no tienen el mismo cuerpo humano. A su alrededor, los hijos y las hijas de inmigrantes, que han acudido a países más ricos, han vivido experiencias contrarias a las suyas.

Balance temporal. ¿Qué literatura, qué historia comprenderán, felices, sin haber vivido la rusticidad, los animales, la cosecha estival, cien conflictos, cementerios, heridos, gente hambrienta, patria, bandera sangrienta, monumentos a los muertos... sin haber experimentado el sufrimiento, la urgencia vital de una moral?

1. Nota de T.: Hace referencia a una parte del texto de *La Marsellesa*: A las armas ciudadanos / Formar los batallones / Marchemos, marchemos / Que una sangre impura riegue nuestros surcos.





II
Esto en cuanto al cuerpo; y esto, al conocimiento

Sus ancestros basaban su cultura en el horizonte temporal de unos miles de años, embellecidos por la Antigüedad grecolatina, la Biblia judía, algunas tablillas cuneiformes y una prehistoria corta. El horizonte temporal de Pulgarcita, que ahora se cuenta por miles de millones de años, se remonta hasta la barrera de Planck, pasa por la formación del planeta, la evolución de las especies y una paleoantropología millonaria.

Ellos, que ya no habitan el mismo tiempo, viven una historia muy diferente.

Son formateados por los *media*, difundidos por adultos que han destruido meticulosamente

su facultad de atención reduciendo la duración de las imágenes a siete segundos y el tiempo para responder a preguntas a quince, según cifras oficiales; medios en los que la palabra más repetida es «muerte» y la imagen más representativa la de los cadáveres. Desde los doce años, estos mismos adultos les obligaron a ver más de veinte mil asesinatos.

Formateados por la publicidad: ¿cómo se les puede enseñar que la palabra «relais», en lengua francesa, se escribe «-ais», si por todas partes, en los anuncios, la encuentran escrita «-ay»? ¿Cómo se les puede enseñar el sistema métrico, si de la manera más estúpida, la SCNF les vende *S'Miles*?

Nosotros, adultos, hemos convertido nuestra sociedad del espectáculo en una sociedad pedagógica que eclipsa la escuela y la universidad con su competencia vanidosamente inculta. Debido al tiempo destinado a oírlos y verlos, así como por su poder de seducción y su importan-





cia, los *media* se han apropiado hace mucho tiempo la función de la enseñanza.

Nuestros docentes, criticados, menospreciados, vilipendiados, por el hecho de ser pobres y discretos —aunque hayan conseguido el récord mundial de premios Nobel recientes y de medallas Field en proporción al tamaño de la población— son ahora mismo los menos tenidos en cuenta por aquellos otros institutores, dominantes, ricos y ruidosos.

Estos chicos, pues, habitan lo virtual. Las ciencias cognitivas muestran que el uso de la red, la lectura de mensajes o el hecho de escribirlos con el pulgar, la consulta de Wikipedia o de Facebook, no excitan las mismas neuronas ni las mismas zonas corticales que el uso del libro, de la pizarra o del cuaderno. Pueden manipular diversas informaciones al mismo tiempo. No conocen, ni integran, ni sintetizan como nosotros, sus antecesores.

Ya no tienen la misma cabeza que nosotros.

Mediante el teléfono móvil acceden a todo el mundo; con el GPS, a todas partes; con internet, a todo el saber; habitan, en consecuencia, un espacio topológico de vecindades, mientras que nosotros vivíamos en un espacio métrico, referido a distancias.

Así, no habitan ya el mismo espacio.

Sin que nos diéramos cuenta, ha nacido un nuevo ser humano, en un espacio de tiempo breve, el que nos separa de los años setenta.

Él o ella ya no tiene el mismo cuerpo ni la misma esperanza de vida, no se comunica igual, no percibe el mismo mundo, ya no vive en la misma naturaleza, no vive en el mismo espacio.

Nacido con epidural y de forma programada, ya no teme, gracias a las curas paliativas, la misma muerte.

Con una cabeza diferente de la que tenían sus padres, él o ella conocen de otra manera.

Él o ella escribe de otro modo. Después de ver con admiración cómo envía, más deprisa





de lo que yo lo hubiera podido hacer jamás con mis torpes dedos, envía, digo, SMS con ambos pulgares, los he bautizado respectivamente, con toda la ternura que pueda expresar un abuelo, *Pulgarcita* y *Pulgarcito*. He aquí su nombre, más bello que la vieja palabra, falsamente culta, «mecanógrafo».

Ellos no hablan la misma lengua. Desde los tiempos de Richelieu, la Academia Francesa publica, más o menos cada veinte años, el *Diccionario* de la nuestra. En siglos anteriores, la diferencia entre una publicación y la siguiente se situaba alrededor de cuatro o cinco mil palabras, cifra más o menos constante. Ahora, entre la anterior edición y la siguiente, la diferencia será de unas treinta y cinco mil palabras, aproximadamente.

A este ritmo, es fácil adivinar que pronto nuestros sucesores podrían encontrarse tan lejos de nuestra lengua como nosotros nos encontramos, hoy día, del antiguo francés que practicaba

Chrétien de Troyes o un Joinville. Tal gradiente nos da una indicación casi fotográfica de los cambios que os describo.

Esta diferencia inmensa, que afecta a la mayoría de las lenguas, se debe en parte a la ruptura entre los oficios de años recientes y los de hoy día. Pulgarcita y su compañero no se dedicarán a las mismas tareas.

La lengua ha cambiado, el trabajo ha mutado.





III
El individuo

Lo que es más: resulta que ambos se han convertido en individuos. Inventado por san Pablo en el inicio de nuestra era, el individuo acaba de nacer ahora. Desde entonces hasta hoy vivíamos de pertinencias: franceses, españoles, catalanes, católicos, judíos, protestantes, musulmanes, ateos, gascones o picardos, hombres o mujeres, indigentes o afortunados... pertenecíamos a regiones, a religiones, a culturas rurales o urbanas, a equipos, a comunas, a un sexo, a un dialecto, a un partido, a la Patria. Con los viajes, las imágenes, con internet y debido a guerras abominables, estos colectivos han estallado casi todos.

Los que aún quedan, se deshilachan.

El individuo ya no sabe vivir en pareja, se divorcia; ya no sabe comportarse en clase, se mueve y habla; ya no reza con los demás en su parroquia. El verano pasado, nuestros jugadores de fútbol no supieron ser un equipo; nuestros políticos, ¿saben acaso construir un partido plausible o un gobierno estable? En todas partes se dice que las ideologías han muerto: las pertinencias que ellas reclutaban son las que se desvanecen.

Este individuo recién nacido, es más bien una buena noticia. Si tomamos los inconvenientes de aquello que los viejos gruñones llaman «egoísmo» y lo ponemos en la balanza contra todos los crímenes cometidos a causa y mediante la libido de pertenencia —centenares de millones de muertos— todavía quiero mucho más a estos jóvenes.

Dicho todo esto, habrá que inventar nuevos vínculos. Lo demuestra el gentío que se





apunta a Facebook, de la misma magnitud que la población mundial.

Como un átomo sin valencia, Pulgarcita se encuentra desnuda. Nosotros, los adultos, no hemos inventado ningún nuevo vínculo social. La tarea generalizada de la sospecha, de la crítica y de la indignación, ha contribuido más bien a destruirlos.

Escasísimas en la historia, estas transformaciones, que yo llamo «hominiscentes», producen, en pleno centro de nuestro tiempo y de nuestros grupos, grietas tan vastas que pocas miradas han podido medir su anchura, comparable a la de aquellas otras, visibles, del Neolítico, del inicio de la era cristiana, del final de la Edad Media y el Renacimiento.

Al otro lado de esta falla, ahí están los jóvenes a quienes pretendemos dispensar nuevas enseñanzas en marcos que provienen de una época que ellos ya no reconocen —edificios, patios, aulas, auditorios, campus, bibliotecas, labo-

ratorios, incluso el saber... marcos que son de cierta época y estaban adaptados a una era en la que los hombres y el mundo eran lo que ya no son.

Tres preguntas, por ejemplo.





IV
¿Qué transmitir? ¿A quién transmitírselo? ¿Cómo transmitirlo?

¿Qué transmitir? ¡El saber!

Antaño y ayer mismo, el saber contaba con el soporte del sabio, aeda o bardo. Una biblioteca viviente... tal es el cuerpo docente del pedagogo.

Poco a poco, el saber fue objetivándose: primero, en rollos, en papiros y pergaminos, soportes de escritura; después, desde el Renacimiento, en los libros de papel, soportes de la imprenta; finalmente, hoy día, en internet, soporte de mensajes y de información.

La evolución histórica de la pareja soporte-mensaje es una buena variable de la función de la enseñanza. Por eso, la pedagogía cambió al

menos tres veces: con la escritura, los griegos inventaron la *paideia*; con la imprenta, los tratados de pedagogía empezaron a pulular.

¿Y hoy?

Repito. *¿Qué transmitir? ¿El saber? Aquí lo tenéis, por todas partes, en internet, disponible, objetivado. ¿Transmitírselo a todos? Ahora todo el saber ya es accesible a todos. ¿Cómo transmitirlo? Ya es cosa hecha.*

Con el acceso a las personas, por medio del teléfono móvil, con el acceso en cualquier lugar, con el GPS, el acceso al saber se ha abierto. En cierto modo se encuentra siempre ya transmitido.

Objetivado, sin duda, pero además distribuido. No concentrado. Vivíamos en un espacio métrico, os decía antes, relacionado con centros, con concentraciones. Una escuela, un aula, un campus, un auditorio... todo eso son concentraciones de personas, estudiantes y profesores, libros en bibliotecas, instrumentos en laborato-





rios… Este saber, estas referencias, estos textos, estos diccionarios, ahora están distribuidos por el mundo y, en particular, en vuestra casa —¡también los observatorios!— o incluso en cualquier lugar a donde decidáis desplazaros. Desde allí, podéis contactar con vuestros colegas, vuestros alumnos, estén donde estén; y ellos os responden cómodamente.

El antiguo espacio de las concentraciones —este mismo desde donde yo os hablo y donde vosotros me escucháis: ¿qué hacemos aquí?— se diluye, se propaga; vivimos, como acabo de decir, en un espacio de vecindades inmediatas y, además, distributivo. Yo, ahora mismo, os podría hablar desde mi casa o desde donde sea y vosotros me escucharíais desde donde sea o desde vuestra casa. Así pues, ¿qué hacemos aquí?

Sobre todo, no digáis que el alumno carece de las funciones cognitivas que permiten la asimilación del saber así distribuido, ya que, precisamente, estas mismas funciones se transforman

con su soporte y por causa de él. A causa de la escritura y la imprenta, la memoria, por ejemplo, sufrió una mutación. Tanto es así, que Montaigne prefirió una cabeza bien construida a una cabeza bien llena. Esta cabeza acaba de mutar una vez más.

Del mismo modo que la pedagogía fue inventada por los griegos (*paideia*) en el momento de la invención y la propagación de la escritura, del mismo modo que se transformó una vez más con la emergencia de la imprenta en el Renacimiento, la pedagogía cambia ahora completamente con las nuevas tecnologías, cuyas novedades no son sino una variable cualquiera entre la decena que antes he mencionado y que podría enumerar.

Este cambio tan decisivo de la enseñanza —cambio que va repercutiendo poco a poco en el espacio entero de la sociedad mundial y en el conjunto de sus instituciones anticuadas, cambio que no sólo afecta a la enseñanza sino tam-





bién al trabajo, las empresas, la salud, el derecho y la política, o sea, al conjunto de nuestras instituciones— sentimos que lo necesitamos con urgencia, pero aún lo vemos lejos.

Probablemente porque aquéllos que se abren paso penosamente entre los últimos estados de la cuestión están próximos a la jubilación, pero mientras tanto son ellos quienes gestionan las reformas siguiendo modelos ya caducos.

Siendo yo mismo docente a lo largo de medio siglo, en casi todas las latitudes del mundo, donde esta grieta se abre igual de ancha que en mi propio país, he vivido, he sufrido estas reformas como si fueran emplastes sobre piernas de madera, remiendos. Pero las cataplasmas perjudican la tibia, aunque ésta sea artificial; los remiendos desgarran todavía más el tejido que tratan de consolidar.

Sí: desde hace algunos decenios, veo que vivimos un periodo comparable a la aurora de la *paideia*, después de que los griegos aprendieran a

escribir y a demostrar, un periodo parecido al Renacimiento, que vio el nacimiento de la imprenta y el surgimiento del reino del libro. Época incomparable, sin embargo, ya que ahora, al mismo tiempo que las técnicas mutan, el cuerpo se metamorfosea, cambian el nacimiento y la muerte, el sufrimiento y la curación, los oficios, el espacio, el hábitat, el ser en el mundo.





V
Dedicatoria

Frente a estas mutaciones, no hay duda de que conviene inventar novedades inimaginables, fuera de los marcos pasados de moda que todavía formatean nuestras conductas, nuestros *media*, nuestros inmensos proyectos en la sociedad del espectáculo. Veo nuestras instituciones emitiendo una luz parecida a la de las constelaciones que, como nos enseñan los astrónomos, ya hace mucho que están muertas.

¿Por qué no se han producido estas novedades? Temo acusar de este mal a los filósofos, de cuyo colectivo formo parte, gente con vocación de anticipar el saber y las prácticas futuras y que, me parece, no han estado a la altura de su

tarea. Inmersos día a día en la política, no han visto llegar lo que nos es contemporáneo.

Si, en términos generales, hubiera tenido que esbozar el retrato de los adultos, a quienes pertenezco, me habría salido un perfil menos halagüeño.

Me gustaría tener dieciocho años, la edad de Pulgarcita y de Pulgarcito, porque hay que rehacerlo todo otra vez, está todo por inventar.

Quisiera que la vida me dejara el tiempo suficiente aún para trabajar con ellos, a quienes he dedicado toda mi vida, porque siempre los he amado respetuosamente.



2

Escuela

La cabeza de Pulgarcita

En su *Leyenda dorada*, Jacques de Voragine cuenta que en el siglo de las persecuciones dictadas por el emperador Domiciano, se produjo en Lutecia un milagro. El ejército romano arrestó a Denis, que había sido elegido obispo de los primeros cristianos de París. Encarcelado y luego torturado en l'Île de la Cité, resultó que lo condenaron a ser decapitado en la cima de una colina que recibiría el nombre de Montmartre.

Perezosa, la soldadesca renuncia a subir tan alto y ejecuta a su víctima a medio camino. La cabeza del obispo rueda por los suelos. ¡Ho-





rror! Decapitado, Denis se alza y sigue ascendiendo la colina. ¡Milagro! Aterrorizada, la legión sale huyendo. El autor añade que Denis hizo una pausa en una fuente para lavar su cabeza y siguió luego su camino hasta la actual Saint-Denis. Después sería canonizado.

Pulgarcita abre su ordenador. Aunque ella no recuerda esta leyenda, también tiene su cabeza entre las manos, bien llena, por la enorme reserva de informaciones, pero también bien hecha, ya que en ella los motores de búsqueda activan a su antojo textos e imágenes; más todavía, porque diez programas son capaces de tratar un sinnúmero de datos, más deprisa de lo que ella pudiera llegar a hacerlo. Pulgarcita tiene ahí delante, ahí fuera, su cognición, que antes era interna, del mismo modo que san Denis tuvo entre las manos su cabeza separada del cuello. ¿Os imagináis a Pulgarcita decapitada? ¿Milagro?

Recientemente todos nosotros nos hemos convertido en san Denises, como ella. De nuestra

cabeza ósea y neuronal ha salido nuestra cabeza inteligente. Entre nuestras manos, la caja-ordenador contiene y hace funcionar, efectivamente, aquello que antes llamábamos nuestras «facultades»: una memoria, mil veces más poderosa que la nuestra; una imaginación enriquecida por millones de iconos; una razón también, ya que hay tantos programas que pueden resolver cien problemas que nosotros, solos, nunca hubiéramos resuelto. Nuestra cabeza, hela aquí, ante nosotros, en esa caja cognitiva y objetivada.

Una vez decapitados, ¿qué queda sobre nuestras espaldas? La intuición innovadora y viviente. Cuando el aprendizaje cae dentro de esa caja, a nosotros nos deja el goce incandescente de inventar. ¿Estaremos condenados a volvernos inteligentes?

Cuando apareció la imprenta, insisto, Montaigne prefirió una cabeza bien hecha a un saber acumulado, pues que este cúmulo, ya objetivado, residía en el libro, en los estantes de su librería;





antes de Gutenberg, había que saberse de memoria a Tucídides y a Tácito si uno practicaba la historia, a Aristóteles y a los mecánicos griegos si se interesaba en la física, a Demóstenes y a Quintiliano si de lo que se trataba era de sobresalir en oratoria... era preciso llenarse, pues, la cabeza con ellos. Economía: acordarse del lugar del volumen en el estante de la librería resulta menos costoso para la memoria que retener su contenido. Nueva economía, esta vez radical: nadie necesita siquiera recordar el lugar, se ocupa de ello un motor de búsqueda.

Ahora, la cabeza decapitada de Pulgarcita se distingue de las cabezas viejas, mejor hechas que llenas. Como ya no necesita trabajar duramente para aprender el saber, porque lo tiene ahí delante, objetivo, recogido, conectado, accesible a voluntad, diez veces revisado y controlado, puede volverse hacia el muñón de ausencia que se alza sobre su cuello cortado. Por allí pasa aire, viento... o quizás aquella luz que pintó Bonnat, el

pintor *pompier*, cuando dibujó el milagro de san Denis en las paredes del Panteón, en París. Ahí habita el nuevo genio, la inteligencia inventiva, una auténtica subjetividad cognitiva; la originalidad de la chica se refugia en este vacío traslúcido, rodeado de esa agradable brisa. Conocimiento que casi no cuesta nada pero que es muy difícil de atrapar.

Cosas duras y cosas blandas

¿Cómo ha podido producirse este cambio humano, decisivo? Prácticos, concretos, no podemos evitar pensar que las revoluciones se producen en torno a cosas duras: nos importan los útiles, martillos y hoces. Hasta nombramos con ellos algunas eras de la historia: Revolución Industrial reciente, Edades del Bronce y del Hierro, piedra pulida o tallada. Más o menos ciegos y sordos, prestamos menos atención a los signos, blandos, que a esas máquinas tangibles, duras y prácticas.





Sin embargo, la invención de la escritura y la otra, más tardía, de la imprenta, si algo agitan son las culturas y los colectivos, más que los útiles. Lo duro demuestra su eficacia sobre las cosas del mundo; lo blando demuestra la suya sobre las instituciones de los hombres. Las técnicas conducen o suponen las ciencias duras; las tecnologías suponen y conducen las ciencias humanas, asambleas públicas, política y sociedad. Sin la escritura, ¿habríamos llegado a reunirnos en ciudades, habríamos estipulado un derecho, fundado un Estado, concebido un monoteísmo y la historia, inventado las ciencias exactas, instituido la *paideia*...? ¿Hubiéramos podido garantizar su continuidad? Sin la imprenta, en el Renacimiento, bien nombrado, ¿habríamos cambiado el conjunto de estas instituciones y estas asambleas? Lo blando es lo que organiza y federa a todos aquéllos que utilizan lo duro.

Sin que siempre nos demos cuenta de ello, vivimos juntos como hijos del libro y nietos de la escritura.

El espacio de la página

En forma impresa, lo escrito se proyecta hoy día por todo el espacio, hasta invadir y ocultar el paisaje. Carteles de publicidad, señales de tráfico, calles y avenidas con flechas pintadas, horarios en las estaciones, marcadores en los estadios, traducciones en la ópera, rollos de los profetas en las sinagogas, evangelios en las iglesias, bibliotecas en los campus, pizarras en las aulas, *PowerPoints* en los auditorios, revistas y diarios...: la página nos domina y nos conduce. Y la pantalla la ha reproducido.

Catastro rural, planos de las ciudades y planos de urbanismo, croquis de los arquitectos, proyectos de construcciones, dibujos en las salas públicas y en las habitaciones íntimas... imitan, cada uno con sus blandas cuadrículas paginadas, el *pagus* de nuestros ancestros, cuadrados sembrados y parcelas de tierra labradas sobre cuya dureza el campesino dejaba la huella del arado;





el surco escribía ya su línea en este espacio recortado. He aquí una unidad espacial de percepción, de acción, de pensamiento, de proyecto, he aquí el formato multimilenario, tan omnipresente para nosotros, los hombres, al menos los occidentales, como lo es el hexágono para las abejas.

NUEVAS TECNOLOGÍAS

Este formato de página nos domina tanto, y sin que nos demos cuenta, que las nuevas tecnologías todavía no lo han abandonado. La pantalla del ordenador —éste mismo se abre como un libro— lo imita, y Pulgarcita todavía escribe sobre él con sus dedos, o en el móvil con dos pulgares. En cuanto acaba la tarea, corre a imprimirla. Innovadores de toda índole se apresuran en busca del libro electrónico, cuando lo electrónico todavía no se ha librado del libro, aunque implica algo muy diferente que el libro, muy di-

ferente que el formato transhistórico de la página. Esta cosa todavía no se ha descubierto. Pulgarcita nos ayuda a hacerlo. Recuerdo mi estupefacción, hace ya algunos años, en el campus de Stanford, donde enseño hace tres décadas, cuando vi que se construían junto al antiguo Cuadrángulo, financiadas por los hipermillonarios de la vecina Silicon Valley, torres destinadas a la informática más o menos idénticas, salvo que eran de hierro, hormigón y vidrio, a los otros edificios de ladrillo donde se imparte desde hace un siglo la enseñanza de ingeniería mecánica o historia medieval. La misma distribución, las mismas salas y pasadizos idénticos: siempre el formato inspirado por la página. Como si la reciente revolución, tan poderosa al menos como las producidas por la imprenta y la escritura, no cambiara nada en lo que se refiere al saber, la pedagogía y el propio espacio universitario, que fue una invención del libro y se puso, al mismo tiempo, a su servicio.





No. Las nuevas tecnologías obligan a salir del formato espacial implicado por el libro y por la página.

Una breve historia

En primer lugar: los útiles habituales externalizaron nuestras fuerzas duras; una vez fuera del cuerpo, músculos y articulaciones emigraron hacia las máquinas simples, las palancas y grúas que imitaban su funcionamiento; nuestra elevada temperatura, fuente de nuestra energía emanada del organismo, migró luego hacia las máquinas motrices. Las nuevas tecnologías externalizan finalmente los mensajes y operaciones que circulan por el sistema neuronal, informaciones y códigos, blandos; la cognición, en parte, migra a este nuevo instrumento.

¿Qué queda pues, hoy día, encima de los cuellos cortados de san Denis de París, de los chicos y de las chicas?

Pulgarcita medita

Cogito: mi pensamiento se distingue del saber, de los procesos de conocimiento —memoria, imaginación, razón deductiva, finura y geometría... externalizadas, con sinapsis y neuronas, en el ordenador. Mejor: si pienso, si invento, es porque así me alejo de este saber y este conocimiento, me separo de él. Me convierto al vacío, al aire impalpable, al alma— palabra que traduce este mismo viento. Mi pensamiento es aún más blando que lo blando objetivado. Invento sólo si puedo alcanzar este vacío. Ya no tenéis que reconocerme en mi cabeza, ni en su denso relleno, ni en su perfil cognitivo singular, sino en mi ausencia inmaterial, en la luz transparente que emana de la decapitación. En esta nada.

Montaigne, aunque explicaba las opciones que tenía una cabeza para hacerse maravillosamente, lo que así dibujó, por este mismo hecho, es una casilla que hay que llenar. Entonces la ca-





beza bien llena estaría de vuelta. Si hoy dibujáramos esta misma cabeza completamente vacía, también caería fuera, en el ordenador. No, no se trata de cortarla para sustituirla por otra. Ni de experimentar ninguna angustia frente al vacío. ¡Vamos, seamos valientes! El saber y sus formatos, el conocimiento y sus métodos, de detalle infinito y síntesis admirable, que mis antecesores amontonan como corazas en las notas a pie de página y en las inmensas bibliografías de libros, acusándome a mí de olvidarlas... todo esto, que caiga bajo el golpe de espada de los torturadores de san Denis, que caiga en la caja electrónica. Extraño, casi salvaje, el ego se retira de todo esto, incluso de todo esto, y vuela en el vacío, en su nulidad blanca y cándida. La inteligencia inventiva se mide en función de la distancia que la separa del saber.

El sujeto del saber acaba de cambiar. Las neuronas activadas por el fuego blando del golpe de la espada son diferentes de aquéllas a las

que la escritura y la lectura se remitían en la cabeza de los antecesores, ahora crepitan en el ordenador.

De aquí proviene la nueva autonomía de los entendimientos, con la que se corresponden movimientos corporales nada cohibidos y todo un barullo de voces.

Voces

Hasta esta misma mañana, un docente, en su aula, entregaba un saber que, en parte, ya se encontraba en los libros. Oralizaba lo escrito, una página-fuente. Si inventa, cosa rara, escribirá mañana una página-recensión. Su cátedra es lo que hacía que este portavoz fuera escuchado. Él, para esta emisión oral, pedía silencio. Ahora ya no lo obtiene.

Formateada ya en la infancia, en las clases elementales y preparatorias, la ola de eso que se suele llamar parloteo, convertido en *tsunami* du-





rante secundaria, acaba de llegar a la enseñanza superior, donde las aulas, desbordadas, se llenan por primera vez en la historia de un murmullo permanente que hace que el intento de escuchar se vuelva penoso y así resulte inaudible la vieja voz del libro. Este fenómeno es lo bastante general como para que le prestemos atención. Pulgarcita ni lee ni quiere escuchar el escrito. Aquélla a quien una antigua publicidad dibujaba como un perro, ya no oye la voz de su amo. Reducidos al silencio durante tres milenios, Pulgarcita, sus hermanas y sus hermanos producen ahora, como un coro, un ruido de fondo que ensordece al portavoz de la escritura.

¿Por qué parlotea ella, en medio del parloteo de sus parlanchines compañeros? Porque este saber anunciado ya lo tiene todo el mundo. Entero. A su disposición, dentro de la manga. Accesible por la web, Wikipedia, portátil, en cualquier portal. Explicado, documentado, ilustrado, con tan pocos errores como en las mejores

enciclopedias. Ya nadie necesita a los portavoces de antaño, salvo que haya alguno, original y raro, que invente.

Fin de la era del saber.

La oferta y la demanda

Este nuevo caos, primitivo como todo caos primordial, anuncia un vuelco, en primer lugar, de la pedagogía y después de la política en todos sus aspectos. En otros tiempos, enseñar consistía en una oferta. Exclusiva, semiconductora, nunca se preocupaba de escuchar la opinión de la demanda, ni sus elecciones. Aquí tenéis el saber, almacenado en las páginas de los libros, así es como hablaba el portavoz, así lo mostraba, lo leía y lo decía; escuchad, luego leed, si queréis. En todo caso, silencio.

La oferta decía dos veces: ¡calla!

Se ha acabado. Con su ola, el ruido rechaza este ofrecimiento y anuncia, inventa, presen-





ta una nueva demanda, sin duda otro saber. ¡Vuelco!

Nosotros, docentes habladores, escuchamos a nuestra vez el rumor confuso y caótico de esta demanda parlanchina, surgida de los enseñados, a quienes, hasta ahora, nadie consultaba para saber de ellos mismos si de verdad pedían aquella oferta.

¿Por qué a Pulgarcita le interesa cada vez menos todo lo que dice el portavoz? Porque frente a la oferta creciente de saber que cubre una extensión inmensa, accesible siempre y desde cualquier lugar, una oferta puntual y singular se vuelve irrisoria. La cuestión se planteaba cruelmente cuando había que desplazarse para descubrir un saber escaso y secreto. Ahora es accesible, sobreabundante, incluso en pequeñas cantidades que Pulgarcita lleva en el bolsillo, debajo del pañuelo. La ola de accesos al saber es tan alta como la ola de parloteo.

La oferta sin demanda acaba de morir, ha muerto esta mañana. La oferta enorme que vie-

ne detrás y la sustituye refluye ante la demanda. Si esto es cierto en relación a la escuela, añadiré que también se vuelve cierto respecto de la política. ¿El fin de la era de los expertos?

Los pequeños asustados

Con orejas y hocico apuntando al portavoz, el perro, sentado, fascinado en la escucha, permanece inmóvil. Buenos como ángeles desde la más tierna infancia, nosotros empezábamos de muy pequeños una carrera de cuerpos sentados, quietos, en silencio y en hileras. Éste era nuestro nombre de antaño. Pequeños asustados. Con los bolsillos vacíos, obedecíamos, sometidos no sólo a los maestros, sino también al saber, al cual los propios docentes, humildemente, se sometían. Ellos y nosotros lo considerábamos soberano y magistral. Nadie habría osado redactar un tratado sobre la obediencia voluntaria al saber. Algunos, incluso, asustados por el saber, eran incapa-





ces de aprender. No idiotas, sino asustados. Tratemos de entender esta paradoja: para no poder comprender el saber y tener que rechazarlo, tenía que ser terrorífico —aquel saber que se daba por recibido y comprendido.

En mayúsculas bien grandes, la filosofía hablaba incluso del Saber Absoluto. Exigía entonces, de la espalda, una inclinación sumisa, como la de nuestros ancestros, inclinados ante el poder absoluto de los reyes por derecho divino. No existió nunca la democracia del saber. No es que algunos, en posesión del saber, poseyeran el poder: el saber mismo exigía cuerpos humillados, también el de aquéllos que lo poseían. El más borrado de entre los cuerpos, el cuerpo docente, impartía lecciones haciendo señas a aquel absoluto ausente, del todo inaccesible. Fascinados, los cuerpos no se movían.

Formateado ya por la página, el espacio de las escuelas, de los colegios, de los campus, se reformateaba mediante esa jerarquía inscrita en

la disposición corporal. Silencio y postración. La focalización de todos hacia el estrado, donde el portavoz exige silencio y inmovilidad, reproduce en la pedagogía la que es propia de la sala frente al juez, del teatro hacia la escena, de la corte real hacia el trono, de la iglesia hacia el altar, de la casa hacia el hogar... de la multiplicidad hacia el uno. Asientos muy juntos, en hileras, para los cuerpos inmovilizados de estas instituciones-caverna. Éste es el tribunal que condena a san Denis. ¿Se ha acabado la era de los actores?

La liberación de los cuerpos

Novedad. La facilidad de acceso llena de saber los bolsillos de Pulgarcita, como los de todo el mundo. Los cuerpos pueden salir de la caverna, donde la atención, el silencio y las espaldas dobladas estaban atados a las sillas como cadenas. Ahora, si alguien les obliga a volver allí, ya no permanecerán en su sitio. Barullo, lo llaman.





No. El espacio del aula se dibujaba antes como un campo de fuerza cuyo centro de gravedad se encontraba en el estrado, en el punto focal de la cátedra, literalmente un *PowerPoint*. Allí estaba el peso más denso del saber, ínfimo en la periferia. Ahora que está distribuido por todas partes, el saber se esparce por un espacio homogéneo, descentrado, libre de movimientos. La sala de otros tiempos está muerta, aunque todavía no veamos ninguna otra cosa, aunque todavía no se sepa construir nada diferente, aunque la sociedad del espectáculo trate todavía de imponerla.

Entonces los cuerpos se movilizan, circulan, gesticulan, gritan, se interpelan, intercambian de buen grado lo que han encontrado en sus bolsillos. Si el silencio se sustituye por parloteo, ¿sustituye el barullo a la inmovilidad? No. Los Pulgarcitos, antes prisioneros, se liberan de las cadenas de la caverna multimilenaria que los ataban, inmóviles y silenciosos, a sus lugares, mudos y con el culo pegado a la silla.

Movilidad: conductor y pasajero

El espacio centrado o focalizado del aula o el auditorio también podemos dibujarlo como el volumen de un vehículo: tren, automóvil o avión, donde los pasajeros, sentados en hileras en el vagón, habitáculo o fuselaje, se dejan conducir por aquél que lo conduce hacia el saber. Ved ahora el cuerpo del pasajero, rendido, con la panza hacia arriba, la mirada vaga y pasivo. Activo y atento, por el contrario, el conductor, con la espalda erguida y los brazos tendidos hacia el volante.

Cuando Pulgarcita usa su ordenador o el portátil, ambos le exigen el cuerpo de una conductora tensa por la actividad, no el de un pasajero pasivo y relajado: demanda y no oferta. Con la espalda erguida, no se pone panza arriba. Empujad a esta personita dentro de un aula: acostumbrado a conducir, su cuerpo no soportará por mucho tiempo el asiento del pasajero pasivo; entonces





ella, privada de una máquina que conducir, se activa. Gruñe. Poned un ordenador entre sus manos y recuperará el gesto del cuerpo-piloto.

Ya no hay más que pilotos, sólo motricidad; de espectadores, ya no quedan, el espacio del teatro se llena de actores, móviles; ya no hay jueces en la sala, sólo oradores, activos; ya no hay sacerdotes en el santuario, el templo se llena de predicadores; ya no hay maestros en el aula, todo está lleno de profesores... Y, hay que decirlo, ya no hay poderosos en la escena política, ocupada ahora mismo por la gente decidida.

Se acabó la era de los que deciden.

La tercera instrucción

Pulgarcita busca y encuentra el saber en su máquina. Antes, de acceso escasísimo, este saber sólo se ofrecía fragmentado, a pedazos, despedazado. Página tras página, clasificaciones sabias distribuían a cada disciplina su parte, su sección,

sus locales, sus laboratorios, su trozo de biblioteca, sus créditos, sus portavoces y su corporativismo. El saber se dividía en sectas. Y así lo real volaba hecho pedazos.

El río, por ejemplo, desaparecía entre cubetas dispersas de geografía, geología, geofísica, hidrodinámica, cristalografía de los aluviones, biología de los peces, pesca, climatología, por no decir la agronomía de los llanos de regadío, la historia de las ciudades por donde pasa el río, las rivalidades ribereñas, además de los puentes, las barcarolas y el Pont Mirabeau... Mezclando, integrando, fusionando estos restos, haciendo de estos miembros dispersos el cuerpo vivo de la corriente, el acceso fácil al saber permitiría habitar el río, plenamente y al mismo nivel.

Pero ¿cómo fusionar las clasificaciones, fundir las fronteras, reunir el conjunto de páginas ya recortadas de acuerdo con un formato, superponer los planos de la universidad, unificar los auditorios, juntar veinte departamentos, ha-





cer que el mismo número de expertos de alto nivel, cada uno de los cuales considera que posee la definición exclusiva de la inteligencia, se entiendan entre ellos? ¿Cómo transformar el espacio del campus, que imita el del campamento de la legión romana, ambos cuadriculados, cruzados por calles iguales y distribuidos en cohortes o jardines yuxtapuestos?

Respuestas: escuchando el ruido de fondo que surge de la demanda, del mundo y de las poblaciones, siguiendo los movimientos nuevos de los cuerpos, tratando de explicitar el porvenir que implican las nuevas tecnologías.

¿Cómo, una vez más?

Contra clasificación, lo dispar

Dicho de otro modo, ¿cómo diseñar —¡menuda paradoja!— movimientos brownianos? Al menos podemos tratar de favorecerlos con la serendipidad de Boucicaut.

Fundador de «Le Bon Marché», Boucicaut empezó clasificando las mercancías en estantes ordenados. Cada paquete bien tranquilo en su lugar, clasificado, como los alumnos en hileras o los legionarios romanos en su campamento. El término «clase» significa, en su origen, esa legión en filas muy apretadas. Pero como, por primera vez, su gran almacén, tan universal para la felicidad de las damas como la universidad para el placer de aprender, juntaba todo aquello que un cliente podía soñar... alimentación, vestidos, cosméticos, el éxito no se hizo esperar y él hizo fortuna. La novela que dedicó Émile Zola a este inventor narra su contrariedad los días que, habiendo alcanzado un límite, la cifra de negocios permanecía mucho tiempo constante.

Una mañana, embargado por una intuición repentina, Boucicaut dio un vuelco a toda esta clasificación razonable para convertir los pasillos de su tienda en un laberinto y sus estanterías en un caos. La abuela de Pulgarcita, que





había ido a comprar puerros para el caldo, gracias a este azar vigorosamente programado tuvo que atravesar el departamento de sedas y encajes. Y acabó comprando lencería además de legumbres... Entonces las ventas rompieron aquel techo.

Lo desigual tiene virtudes que la razón no conoce. Práctico y rápido, el orden puede, sin embargo, aprisionar; favorece los movimientos pero acaba congelando. Indispensable para la acción, el *check-list* puede esterilizar el descubrimiento. Por el contrario, el aire penetra en el desorden, como un mecanismo que tiene juego. Y el juego provoca la invención. El mismo juego que apareció entre el cuello y la cabeza cortada.

Sigamos a Pulgarcita en sus juegos, escuchémosle a Boucicaut la intuición serendipitiana practicada después por todos los almacenes, alteremos la clasificación de las ciencias, pongamos el departamento de física junto al de filosofía, la lingüística al lado de las matemáticas, la

química con la ecología. Cortémoslo todo, incluso, más pequeño, dejemos bien picaditos estos contenidos y así algún investigador, delante de su puerta, se encontrará con algún otro, surgido de un cielo extraño y hablando otra lengua. Viajaría, entonces, sin alterarse. El *castrum* racional de la legión, dividido en perpendiculares y separado por cohortes cuadradas, quedaría sustituido por un mosaico de piezas diversas, una especie de caleidoscopio, el arte de la marquetería, un popurrí.

Ya en el *Tercer instruido* soñaba con universidades de espacios mezclados, abigarrados, atigrados, constelados... ¡reales como un paisaje! Si antes había que correr mucho para ir al encuentro del otro y, con tal de no oírlo, uno se podía quedar en casa, he aquí que ahora lo tenemos todo el rato encima, sin que tengamos que movernos.

Aquéllos cuya obra desafía toda clasificación y siembran a todo viento, fecundan la in-





ventiva, mientras que los métodos pseudo-racionales nunca han servido para nada. ¿Cómo volver a dibujar la página? Olvidando el orden de las razones —orden, sin duda, pero sin razón. Preferimos, pues, ese laberinto de las pulgas electrónicas. ¡Viva Boucicaut y viva mi abuela! —grita Pulgarcita.

El concepto abstracto

¿Y qué pensar de los conceptos, tan difíciles a veces, de formar? Dime qué es la belleza. Y Pulgarcita responde: una mujer bella, una bella yegua, una bella aurora... Un momento, veamos; lo que te pido es un concepto, tú me mencionas mil ejemplos, ¡nunca acabarás con tus chicas y tus yeguas jóvenes!

Entonces, la idea abstracta vuelve a una economía grandiosa de pensamiento: la belleza tiene en sus manos mil y una bellas, igual que el círculo del geómetra comprende miles infinitos

de redondas. Nunca habríamos podido escribir ni leer páginas de libros si hubiéramos podido mencionar a estas bellas y estas redondas, en número enorme, sin fin. Mas aún, no puedo delimitar la página sin apelar a la idea, que obtura las fugas de esta enumeración indefinida. La abstracción hace de tapón.

¿La necesitamos todavía? Nuestras máquinas van tan deprisa que pueden contar indefinidamente lo particular, saben detenerse en la originalidad. Si la imagen de la luz nos puede servir aún para ilustrar, me atrevo a decir, el conocimiento, podemos decir que nuestros ancestros habían optado por la claridad, mientras que nosotros optamos más bien por su velocidad. El motor de búsqueda puede, a veces, ocupar el lugar de la abstracción.

Como decíamos más arriba del sujeto, el objeto de la cognición acaba de cambiar. Ya no tenemos una necesidad obligatoria del concepto. A veces, no siempre. Podemos dedicar todo el





tiempo que haga falta, en los relatos, a los ejemplos y las singularidades, a las cosas en sí mismas. Práctica y teórica, esta novedad devuelve su dignidad a los saberes que describen lo individual. Así, el saber ofrece su dignidad a las modalidades de lo posible, de lo contingente, de las singularidades. Una vez más, cierta jerarquía se hunde. Convertido en experto en caos, el propio matemático ya no puede seguir despreciando las CVT (Ciencias de la Vida y de la Tierra), que ya practican la mezcla estilo Boucicaut, que ya se tienen que enseñar de forma integrada, porque si recortamos la realidad viva de forma analítica, entonces muere. Una vez más, el orden de las razones, todavía útil, ciertamente, pero a veces obsoleto, deja paso a una nueva razón, que acoge lo concreto singular, naturalmente laberíntico... acoge el relato.

El arquitecto altera las particiones del campus.

Espacio de circulación, oralidad difusa, movimientos libres, fin de las clases clasificadas,

distribuciones dispares, serendipidad de la invención, velocidad de la luz, novedad de los sujetos tanto como de los objetos, búsqueda de otra razón...: la difusión del saber ya no puede darse en ninguno de los campus del mundo, que están ordenados, formateados página a página, racionales a la manera antigua, imitando los campamentos de la legión romana. He aquí el espacio del pensamiento donde habita, en cuerpo y alma, la juventud de Pulgarcita.

San Denis pacifica a la legión.



3

Sociedad

Elogio de las notas recíprocas

¿Pondrá Pulgarcita nota a sus maestros? Estúpida, esta polémica hizo furor en Europa. Viéndolo de lejos, yo me sorprendía: ya hace cuarenta años que los estudiantes me ponen nota en otras universidades. No me va mal. ¿Por qué? Porque, incluso si no es por ley, los que asisten a un curso siempre evalúan al profesor. Había mucha gente en el aula; y esta mañana, sólo tres o cuatro estudiantes: sanción mediante el número. O mediante la atención: o escucha o barullo. Causa de sí misma, la elocuencia nace del silencio del auditorio, el cual, a su vez, nace de la elocuencia.





Lo que es más, todo el mundo, siempre, soporta una nota: el enamorado, de su amada silenciosa; el comerciante, de los gritos de sus clientes; los *media,* del Audimat; el médico, de la afluencia de sus pacientes; el cargo electo, de la sanción de los votantes. Todo esto plantea, simplemente, la cuestión del gobierno.

La fiebre evaluadora que, empujada por madres compasivas y por la psicología, abandonó tan deprisa la escuela, invade la sociedad civil, que publica obstinadamente las listas de las mejores ventas, distribuye premios Nobel, Oscars, trofeos de falso metal, clasifica las universidades, califica bancos y empresas, incluso califica a los Estados, en otros tiempos soberanos. Pasando página, lector, tú me evalúas en este preciso instante.

Una especie de demonio de doble rostro empuja a juzgar esto como bueno o como malo, inocente o nocivo. La lucidez, más bien, distingue entre lo que está muriendo del viejo mundo

y lo que emerge del mundo nuevo. Hoy día nace un cambio que favorece una circulación simétrica entre los calificadores y los calificados, los poderosos y los súbditos, una reciprocidad. Todo el mundo parecía creer, en efecto, que todo viene desde arriba y va hacia abajo, desde la cátedra hasta los pupitres, de los electos a los electores; que ahí arriba se presenta la oferta y que allá abajo se lo tragan todo. Que hay grandes superficies, grandes bibliotecas, grandes patrones, ministros, hombres de Estado... que, presuponiendo la incompetencia de quienes son más pequeños, riegan sobre ellos su lluvia benéfica. Quizás esta época se acaba; se acaba ante nuestros ojos, en el trabajo, en el hospital, en la carretera, en grupo, en la plaza pública, dondequiera.

Libre de los semiconductores, quiero decir de esas relaciones asimétricas, la nueva circulación hace que se oigan las notas, casi musicales, con su propia voz.





ELOGIO DE H. POTTER

Un muchachito de Birmingham, Humphrey Potter, dicen que en cierta ocasión ató, con el cordel de su peonza, la palanca de la máquina de vapor que le tocaba accionar con la mano; así, huyendo de un trabajo aburrido para ir a jugar, inventó, suprimiendo su esclavitud, una especie de *feed-back.* Verdadera o inventada, esta historia alaba la precocidad de un genio; para mí, más bien muestra la competencia, frecuente, fina y adaptada, del obrero, hasta del más humilde, en los lugares mismos en los que aquéllos que deciden, lejanos, exigen la acción sin preguntar nada a sus actores, prejuzgados incompetentes. H. Potter es uno de los nombres de guerra de Pulgarcita.

La palabra *empleado* expresa esa presunción de incompetencia: se trata, en efecto, de doblegar a alguien a voluntad con tal de explotarlo; así como el enfermo es reducido a un órgano

que es preciso reparar, el estudiante a una oreja que hay que llenar o una boca silenciosa que hay que atiborrar, el obrero es reducido a una máquina que es necesario controlar, un poco más complicada que la otra máquina, en la que él trabaja. Arriba, antes, bocas desorejadas; abajo, orejas mudas.

Elogio del control recíproco. Al restituir rostros completos a ambos niveles, las mejores empresas ponen al obrero en el centro de la decisión práctica. Lejos de organizar, de forma piramidal, la logística en función del flujo y la regulación, dejan que Pulgarcita controle ella sola en tiempo real su propia actividad —averías que se detectan antes y antes son reparadas, soluciones técnicas encontradas con mayor celeridad, productividad mejorada—, pero puede también examinar a sus mandatarios, en este caso a sus jefes, en otros casos a médicos y políticos.





Tumba del trabajo

Pulgarcita busca trabajo. Y cuando lo encuentra, sigue buscando, porque sabe que cualquier día puede perder este mismo que acaba de encontrar. Además, en el lugar de trabajo, responde, no de acuerdo con lo que se le pregunta, sino para no perder su trabajo. Esta mentira, hoy día corriente, perjudica a todos.

Pulgarcita se aburre en el trabajo. Su vecino, ebanista, antes recibía tablones del aserradero; los dejaba secar mucho tiempo y de este tesoro, según los pedidos, extraía taburetes, mesas o puertas. Treinta años más tarde, recibe de la fábrica ventanas ya terminadas que colocará en grandes cantidades en huecos formateados. Él se aburre. Ella también. El interés de la obra lo capitalizan los despachos que, ahí arriba, todo lo estudian. El capital no significa únicamente la concentración del dinero, sino también del agua en las presas, del mineral bajo tierra, de la inteli-

gencia en un despacho de ingeniería alejado de los que ejecutan.

El aburrimiento de todos proviene de esta concentración, de esta captación, de este robo del interés.

La productividad, que aumenta verticalmente desde 1970, el crecimiento demográfico mundial, también vertical y que se añade a la primera, hacen que el trabajo sea cada vez más escaso; ¿así, entonces, pronto se beneficiará de él, ella sola, una aristocracia? Nacido con la revolución industrial y copiado del oficio divino de los monasterios, ¿será que hoy día el trabajo se muere poco a poco? Pulgarcito ha visto disminuir el número de obreros; las nuevas tecnologías harán que se funda también el número de oficinistas. ¿No desaparecerá quizás también el trabajo, porque sus productos, que inundan los mercados, perjudican a menudo al medio ambiente, ensuciado por la acción de las máquinas, por la fabricación y el transporte de las mercancías?





¿Porque depende de fuentes de energía que, al ser explotadas, acaban con las reservas y producen polución?

Pulgarcita sueña con una obra nueva, cuya finalidad sería reparar estas maldades y ser beneficiosa —con esto último no se refiere al salario, en tal caso hubiera hablado de beneficios, sino también a la felicidad— para quienes en ella obran. En suma, hace la lista de las acciones que no producirían ninguna de estas dos poluciones, ni en el planeta ni en los humanos. Despreciados porque soñaban, los utopistas franceses del siglo XIX organizaban las prácticas sociales siguiendo direcciones opuestas a las presentes, que lo han precipitado todo hasta este doble callejón sin salida.

Como ya no hay nada más que individuos, como la sociedad se organiza de tal modo que todo gira en torno al trabajo, incluso en las aventuras privadas que nada tienen que ver con él, Pulgarcita espera sentirse realizada. Pero no es

así, se aburre. Trata de imaginar una sociedad que en verdad ya no esté estructurada en torno al trabajo. Pero ¿qué la estructuraría?

¿Y cuántas veces le preguntan su opinión?

Elogio del hospital

Pulgarcita recuerda también una visita que sufrió en un gran hospital. Después de entrar, sin llamar a la puerta, seguido, como un macho dominante, por hembras sumisas —se imponía el modelo bestial—, el jefe gratificó a su rebaño con un discurso de mucho vuelo mientras daba la espalda a Pulgarcita, encamada, haciéndole vivir así la presunción de incompetencia. Como en la facultad; como en el trabajo. Dicho llanamente, te toman como a un imbécil.

Cojo, al imbécil, en lengua latina, le falta para sostenerse un bastón, el *bacillus* de donde provienen nuestros bacilos. Ya curada, Pulgarcita anuncia una noticia a la manera del enigma de





Edipo: cuanto más avanza el tiempo, menos necesita el hombre este bastón. Se mantiene de pie él solo.

Escuchadme. Los hospitales públicos de las grandes ciudades disponen de párkings para sillas de ruedas o literas: en urgencias; antes o después de la IRM o algún otro escáner; antes del quirófano, para la anestesia, o después, para despertarse... se puede pasar uno allí entre una y diez horas. Sabios, ricos o poderosos del mundo, no evitéis estos lugares donde se escucha el sufrimiento, la cólera, la angustia, gritos y lágrimas, a veces plegarias, exasperación, súplicas del que llama a aquélla que no lo hace, o deplora que otra no responda, silencio tenso de algunos, desconcierto de otros, resignación de la mayoría, también reconocimiento... Quien no ha sabido nunca mezclar su voz con este desconcierto disonante, sabrá, sin duda, que sufre, pero siempre ignorará qué significa «estamos sufriendo», el murmullo común que emana de la antecámara

de la muerte y de sus curas, purgatorio intermedio donde cada cual teme y espera una decisión del destino. Si te planteas la pregunta: ¿qué es el hombre?, aquí es donde das, sientes, aprendes la respuesta, en medio de todo este ruido. Antes de oírlo, hasta un filósofo sigue siendo un despistado.

Éste es el ruido de fondo, la voz humana que recubren nuestros discursos y parloteos.

Elogio de las voces humanas

El rumor de este caos no se oye solamente en las escuelas o en los hospitales, no sólo emana de los Pulgarcitos en sus aulas o de los sollozos de pacientes en espera: ahora llena todo el espacio. Los mismo profesores murmuran mientras el director les habla; lo hacen los médicos cuando su jefe discursea; los policías cuando el general imparte órdenes; reunidos en la plaza del mercado, lo hacen también los ciudadanos cuando el





alcalde, diputado o ministro, hace caer sobre sus cabezas todo un diluvio de tópicos y palabras vacías. Mostradme, dice Pulgarcita, una sola asamblea de adultos de la que no se alce un murmullo semejante, lo que es muy curioso.

Saturados de *musak*, el rumor de fondo de los *media* y el guirigay comercial ensordecen y adormecen, con molesto ruido y drogas calculadas, las voces reales, además de las virtuales, de los blogs y las redes sociales, cuyas cifras, innumerables, alcanzan totales comparables a la población del planeta. Por primera vez en la historia es posible oír la voz de todos. La palabra humana murmura en el espacio y llena el tiempo. Tras la calma de los pueblos del silencio, donde raramente sonaban la sirena y el campanario, derecho y religión, hija e hijo respectivamente de la escritura, ha surgido bruscamente la extensión de estas redes. Fenómeno lo bastante general como para merecer nuestra atención, este nuevo ruido de fondo, caos de clamores y de

voces, privadas, públicas, permanentes, reales o virtuales, caos cubierto por los motores o los *tuners* de una sociedad del espectáculo irreductiblemente vieja, reproduce en grande el pequeño *tsunami* de las aulas; no, éste es más bien el modelo reducido del primero.

Ese parloteo de las Pulgarcitas y los Pulgarcitos, este caos del mundo, ¿anuncian quizás una era, o es que van a mezclarse una segunda edad oral y los escritos virtuales? Esta novedad, ¿cubrirá con sus olas la era de la página que nos formateó? Desde hace tiempo percibo esta nueva era oral emanada de lo virtual.

Hay, pues, una demanda general de palabra, análoga a la demanda singular que los Pulgarcitos nos hacen oír desde las escuelas hasta las universidades, las salas de espera de los hospitales o los lugares donde se trabaja. Todos quieren hablar, todos comunican con todos mediante redes innumerables. Este tejido de voces se acopla con el de internet; los rumores del uno





y del otro resuenan en la misma fase. A la nueva democracia del saber, ya presente en los lugares donde se agota la vieja pedagogía y la nueva se busca a sí misma, con tanta lealtad como dificultades, le corresponde, en la política general, una democracia en formación que mañana acabará imponiéndose. Concentrada en los *media*, la oferta política se muere; aunque todavía no sepa ni pueda expresarse, la demanda política, enorme, se alza y presiona. La voz anotaba su voto en una papeleta escrita, estrecho y recortado, local y secreto; con su extensión rumorosa, hoy ocupa la totalidad del espacio. La voz vota permanentemente.

ELOGIO DE LAS REDES

En este punto, Pulgarcita interpela a sus padres: Me reprocháis mi egoísmo, pero ¿quién me lo enseñó? Mi individualismo, pero ¿quién me lo enseñó? Vosotros mismos, ¿acaso habéis sabido

formar un equipo? Incapaces de vivir en pareja, os divorciáis. ¿Sabéis hacer que nazca un partido político y que perdure? Ved hasta qué punto han perdido toda substancia. ¿Habéis podido constituir un gobierno en el que todos permanezcan solidarios por mucho tiempo? ¿O jugar a un deporte colectivo? Porque, con tal de disfrutar del espectáculo, vosotros reclutáis a sus actores en países lejanos, donde todavía se sabe actuar y vivir en grupo. Agonizan las viejas pertenencias: fraternidades de armas, parroquias, patrias, sindicatos, familias en recomposición; lo que queda son los grupos de presión, obstáculos vergonzosos para la democracia.

Os burláis de nuestras redes sociales y de nuestra nueva manera de emplear la palabra «amigo». ¿Alguna vez habéis sido capaces, por vuestra parte, de formar grupos tan considerables que su tamaño se aproxime al de la propia humanidad? ¿No sería mejor reconocer la prudencia que supone acercarse a los demás virtual-





mente, para herirlos menos, en primer lugar? ¿Teméis quizás que de estas tentativas surjan nuevas formas políticas que barran las anteriores, obsoletas?

Obsoletas, en efecto, y tan virtuales como las mías, sigue diciendo Pulgarcita, que de repente se anima: ejército, nación, iglesia, pueblo, clase, proletariado, familia, mercado... todo abstracciones que vuelan sobre las cabezas como fetiches de cartón. ¿Encarnadas, decís? Ciertamente, responde ella misma, sólo que esta carne humana, lejos de dejarla vivir, había que hacerla sufrir y morir. Estas pertenencias, sanguinarias, exigían que cada uno sacrificara su vida: mártires supliciados, mujeres lapidadas, herejes quemados vivos, supuestas brujas inmoladas en las hogueras... esto solamente en lo que a las iglesias y al derecho se refiere. Soldados desconocidos en hileras, a miles, en los cementerios militares, visitados a veces por dignatarios compungidos. Largas listas de nombres en los mo-

numentos a los muertos —entre el 14 y el 18, casi todos los campesinos— esto en lo que a la Patria se refiere. Campos de exterminio y *gulags*, esto en cuanto a la teoría loca de las razas y la lucha de clases. Hablando ahora de familia, ella acoge la mitad de los crímenes: una mujer muere cada día por la violencia del marido o del amante. Y ahora es el turno del mercado: más de una tercera parte de la humanidad sufre hambre —un Pulgarcito muere por esta razón cada minuto— mientras los ricos hacen régimen. Aparte de esto, en vuestra sociedad del espectáculo, el número de espectadores sólo crece en función del número de cadáveres exhibidos, del mismo modo que las historias que os contáis entre vosotros se multiplican en función de los crímenes disponibles para comentar —y es que, para vosotros, una buena noticia no es una buena noticia. Desde hace cien años, contamos estos muertos de toda clase por centenares de millones.





Frente a estas pertinencias que llevan cada una el nombre de una virtualidad abstracta, cuya gloria sangrienta cantan los libros de historia, frente a esos falsos dioses devoradores de infinitas víctimas, prefiero nuestra virtualidad inmanente que, igual que Europa, no reclama la muerte de nadie. Ya no queremos coagular nuestras asambleas a base de sangre. Lo virtual, al menos, evita esta carnalidad. No construir ya un colectivo sobre la matanza de otro colectivo distinto, tal es nuestro porvenir frente a vuestra historia y vuestras políticas de muerte.

Así hablaba Pulgarcita, vivamente.

ELOGIO DE LAS ESTACIONES, DE LOS AEROPUERTOS

Escuchad igualmente, sigue diciendo, el rumor de las multitudes blandas que pasan. De acuerdo con la caza, los frutos, las variaciones del clima, el *homo sapiens* no dejó de desplazarse y se con-

virtió en *homo viator* hace ya mucho tiempo. Esto hasta la fecha, bastante reciente, en que el planeta no siguió ofreciéndole tierras desconocidas. Desde la invención de diez formas de motor, los viajes se multiplicaron, hasta tal punto que la percepción del hábitat se modificó. Algunos países europeos los recorren, como si fueran el metro, trenes de alta velocidad, y las autopistas las cruzan como calles. Desde el año 2006, las compañías aéreas habían transportado a un tercio de la humanidad. Por los aeropuertos y las estaciones pasan tales masas de gente que parecen moteles transitorios.

Si se calcula el tiempo de sus desplazamientos desde casa, ¿sabe Pulgarcita en qué ciudad vive y trabaja, a qué comunidad pertenece? Vive en un suburbio de la capital, a una distancia del centro y del aeropuerto equivalente, en tiempo, a diez transportes más allá de las fronteras; reside, por lo tanto, en una conurbación que se extiende más allá de su ciudad y de su nación.





Pregunta: ¿dónde vive? Reducido y expandido al mismo tiempo, este lugar le impone una cuestión política, ya que la palabra política hace referencia a la ciudad. ¿De cuál de ellas puede considerarse ciudadana? ¡Otra pertenencia fluctuante! ¿Quién, y venido de dónde, la representará, a ella que plantea preguntas sobre el lugar donde habita?

¿Dónde? En la escuela, en el hospital junto a gente de cualquier origen; en el trabajo, a donde se traslada rodeada de extranjeros; reunida con traductores; pasando por una calle donde se oyen voces diversas, se encuentra codo a codo con diversos mestizajes humanos, que reproducen maravillosamente las mezclas de culturas y de saberes con los que ha ido tropezando a lo largo de su formación. Ya que las transformaciones descritas afectan igualmente a la densidad demográfica de los países del mundo, cosa en la que Occidente se retracta ante la marea ascendente de África y de Asia. Las mezclas humanas

corren como ríos que reciben nombres propios, cuyas aguas, sin embargo se mezclan con las de los afluentes por decenas. Pulgarcita habita un tapiz compuesto, cubre su espacio con una marquetería dispar. Se maravilla con la visión de este caleidoscopio, su oído resuena con el caos confuso de voces y de sentidos que anuncian otros vuelcos por venir.

Vuelco de la presunción de incompetencia

Recurriendo a la vieja presunción de incompetencia, grandes máquinas públicas o privadas, burocracia, *media*, publicidad, tecnocracia, empresas, política, universidades, administraciones, incluso a veces la ciencia... imponen su poder gigante para dirigirse a supuestos imbéciles, a quienes ellos llaman *público*, despreciado por las cadenas del espectáculo. Acompañados de sus semejantes a quienes suponen competencia y,





por otra parte, no tan seguros de sí mismos, los Pulgarcitos, anónimos, anuncian con su voz difusa que aquellos dinosaurios, que cuanto más crecen más se acercan a la extinción, ignoran la emergencia de nuevas competencias. Veamos cuáles son.

Si consulta previamente un sitio adecuado de la red, Pulgarcita, que representa el estudiante, el paciente, el obrero, el empleado, el administrado, el viajero, el sénior o adolescente y, puestos a decir, el niño, el consumidor, es decir, el ser anónimo de la plaza pública a quien antes se llamaba ciudadano, puede saber tanto o más, del tema tratado, sobre la decisión que se debe tomar, sobre la información anunciada o la forma de cuidarse... que un maestro, un director, un periodista, un responsable, un patrón, un diputado, incluso un presidente, elevados todos ellos a la cima del espectáculo y preocupados por su gloria. ¿Cuántos oncólogos han podido aprender más en los blogs de mujeres con cáncer de

mama que en sus años en la facultad? Los especialistas en historia natural ya no pueden ignorar qué dicen, en la red, los campesinos australianos sobre las costumbres de los escorpiones, o los guías de los parques pirenaicos sobre los desplazamientos de los rebecos. La enseñanza, repartida, se vuelve simétrica, lo mismo que ocurre con el trabajo y con las curas médicas; el viejo iceberg, puesto patas arriba, da paso a una circulación en ambos sentidos. Lo colectivo, con su carácter virtual, que antes permanecía oculto, se escondía temeroso bajo el miedo monumental. Ahora da vía libre a una verdadera virtualidad, colectiva.

Al acabar los estudios, hacia los veinte años, me convertí en epistemólogo, una palabra muy imponente para significar que estudiaba los métodos y los resultados de la ciencia, intentando también, a veces, juzgarlos. No éramos muchos en aquella época, en todo el mundo, y nos escribíamos entre nosotros. Medio siglo más





tarde, cualquier Pulgarcito de la calle tiene ideas claras sobre el tema nuclear, sobre las madres de alquiler, los OGM (Organismos Genéticamente Modificados), la química, la ecología. Ahora que ya no aspiro a esta disciplina, todo el mundo se ha vuelto epistemólogo. Hay una presunción *de competencia.* No os riáis, dice Pulgarcita: cuando esto que se llama democracia dio derecho de voto a todos, lo hizo en contra del parecer de muchos que se escandalizaban porque ello supondría dárselo, de modo equivalente, a los sabios y a los locos, a los ignorantes y a los instruidos. Ahora vuelve el mismo argumento.

Las grandes instituciones que acabo de mencionar, cuyo volumen ocupa todavía el decorado y también el telón de todo lo que aún llamamos nuestra sociedad —aunque de hecho se reduce a una escena que pierde cada día alguna plausible densidad—, ni siquiera se toman ya la molestia de renovar el espectáculo con el que aplastan a base de mediocridad a un pueblo inte-

ligente. Estas instituciones, insisto, se parecen a aquellas estrellas cuya luz nos llega, pero que, de acuerdo con los cálculos de la astrofísica, murieron hace ya mucho tiempo. Por primera vez, sin duda, en la historia, el público, los individuos, las personas, la persona cualquiera que antes recibía el nombre de vulgar, o sea, Pulgarcita, podrán y pueden poseer al menos tanta sabiduría, tanta ciencia, tanta información y capacidad de decisión como los dinosaurios antes mencionados, para los cuales nosotros trabajamos todavía como esclavos sumisos, alimentando con energía su voracidad y con producción su avaricia. Del mismo modo que la mayonesa, de pronto, cuaja, estas mónadas solitarias se organizan, lentamente, una a una, para formar un nuevo cuerpo, sin ninguna relación con aquellas instituciones solemnes y perdidas. Cuando esta lenta constitución, repentinamente, dé un vuelco, como el iceberg de hace un momento, entonces diremos que no vimos prepararse el acontecimiento.





Este cambio afecta también a los sexos, ya que estos últimos decenios vieron la victoria de las mujeres, más trabajadoras y serias en la escuela, en el hospital, en la empresa... que los machos dominantes, arrogantes y débiles. También es esto lo que motiva el título del libro: Pulgarcita. Afecta igualmente a las culturas, ya que la red favorece la multiplicidad de expresiones y, muy pronto, la traducción automática, mientras que nosotros apenas salimos de una era en la cual la dominación gigantesca de una sola lengua había unificado los decires y los pensamientos en la mediocridad, esterilizando así la innovación. En resumen, afecta a todas las concentraciones, tanto productoras como industriales, incluso culturales, también de lengua, y favorece las grandes distribuciones, múltiples y singulares.

He aquí, pues, la calificación generalizada; he aquí el voto generalizado para una democracia generalizada. Todas las condiciones requeri-

das para una primavera occidental… salvo que los poderes que se oponen ya no emplean en este caso la fuerza, sino la droga. Ejemplo extraído de la cotidianidad: las cosas pierden su nombre común para dejar paso a los nombres propios de las marcas. Lo mismo pasa con toda la información, también la política, escenificación de combates en *rings* iluminados donde parecen pelear sombras sin ninguna relación con la realidad. La sociedad del espectáculo requiere que se transforme la lucha, dura en otros tiempos y lugares —lucha con barricadas y cadáveres—, en una desintoxicación heroica capaz de purgarnos de los somníferos distribuidos por muchos dispensadores de atontamiento…

ELOGIO DE LA MARQUETERÍA

…que, para conservar el viejo estado de cosas, recurren al argumento de la simplicidad; ¿cómo gestionar la complejidad anunciada por las voces





y por el caos, dispar y compuesta, desorden? Veamos. Atrapada en una red, una dorada intenta escapar, pero se enreda cada vez más con los golpes de cola que da para soltarse; dando vueltas y vueltas, las moscas acaban precipitándose en las telas de araña como en una prisión; los alpinistas que se cruzan en medio de una pared, ante el peligro, enredan cada vez más sus cuerdas cuanto más tratan de desenredarlas. Los administradores redactan a veces directivas para reducir la complejidad administrativa y, al igual que los alpinistas, acaban multiplicándola. ¿Todo se reduce, pues, a un estado de cosas tal que cualquier intento de simplificarlo lo complica aún más?

¿Cómo analizarlo? Por el crecimiento del número de elementos, su diferenciación individual, la multiplicación de las relaciones entre ellos y las intersecciones entre las diferentes vías. La teoría de los grafos y de la informática tratan estas figuras en una red entrecruzada que la topología llama un *símplex*. En la historia de las

ciencias, se considera que esta complejidad indica un método inadecuado y que es preciso cambiar de paradigma.

Multiplicidades conexas de esta clase caracterizan a nuestras sociedades, en las que el individualismo, las exigencias de las personas o los grupos y la movilidad de los lugares atraviesan todo el conjunto. Todo el mundo, hoy día, teje sus propios *símplex* y se desplaza por otros. Hace un momento, Pulgarcita se desplazaba por un espacio desordenado... por un laberinto, delante de un mosaico de los colores del caleidoscopio. Como la libertad implica a cada uno y exige que tenga las manos desocupadas y tenga campo libre, nadie ve por qué habría que simplificar esta exigencia de la democracia. Las sociedades simples nos devuelven, efectivamente a la jerarquía animal, bajo la ley del más fuerte: haz piramidal de una sola cima y de amplia base.

¡Que prolifere la complejidad, ya era hora! Pero tiene un coste: multiplicación y aumento





de las colas, administración más pesada, obstáculos en las calles, dificultad para interpretar leyes sofisticadas, cuya densidad, en efecto, disminuye la libertad. Entonces pagamos con la misma moneda con la que ganamos.

Este coste, por otra parte, pasa por ser una de las fuentes del poder. De ahí que los ciudadanos sospechen que sus representantes no quieren reducir la mencionada complicación y acumulan las directivas para que parezca que quieren reducirla, pero de hecho la multiplican, como les ocurre a las doradas en la red.

Elogio del tercer soporte

Pero, repito, la historia de las ciencias conoce la ruptura que se deriva de esta clase de crecimiento. Cuando el antiguo modelo de Ptolomeo acumuló decenas de epiciclos que hacían ilegible y complicado el movimiento de los astros, era necesario un cambio de figura: se desplazó el sol al

centro del sistema y todo volvió a resultar nítido. Sin duda, el código escrito de Hammurabi puso fin a las dificultades sociojurídicas derivadas del derecho oral. Nuestras complejidades provienen de una crisis de lo escrito. Las leyes se multiplican, se hincha el *Diario Oficial.* La página está en las últimas. Es preciso un cambio. Esperamos y nos empeñamos en las colas frente a las ventanillas; en tapones circulatorios interminables uno pude llegar a matar, sin saberlo, a su padre, disputándose con él la prioridad. Pero la velocidad electrónica evita las lentitudes del transporte real, mientras que la transparencia de lo virtual anula los choques en las intersecciones y las violencias que éstos implican.

¡Que no desaparezca la complejidad! Crece y crecerá, porque cada cual se aprovecha de la comodidad y la libertad que procura; es característica de la democracia. Para reducir su coste, basta con querer hacerlo. Algunos ingenieros pueden resolver este problema pasando al para-





digma informático, que tiene la capacidad de conservar y hasta permite que crezca el *simplex*, pero puede recorrerlo mucho más deprisa suprimiendo así, lo repito, las colas y los tapones, suaviza los choques. La puesta a punto de un programa idóneo para un pasaporte virtual y válido con todos los datos personales y publicables puede requerir algunos meses, nada más. Algún día habrá que poner en un soporte nuevo y único el conjunto de estos datos. De momento éstos se distribuyen entre diversas tarjetas, la propiedad de las cuales la comparte el individuo con diversas instituciones privadas o públicas. Pulgarcito —individuo, ciudadano, cliente— ¿dejará indefinidamente que el Estado, los bancos, los grandes almacenes... se apropien de sus datos, tanto más cuando hoy día se convierten en una fuente de riqueza? He aquí un problema político, moral y jurídico, cuyas soluciones transforman nuestro horizonte histórico y cultural. De ello puede resultar un reagrupamiento de las

reparticiones sociopolíticas y el advenimiento de un quinto poder, el de los datos, independiente de los otros cuatro: legislativo, ejecutivo, judicial y mediático.

¿Que nombre pondrá Pulgarcita en su pasaporte?

ELOGIO DEL NOMBRE DE GUERRA

El nombre de mi heroína no indica «alguien de su generación», «una adolescente de hoy día», expresiones de menosprecio. No. No se trata de extraer un elemento *x* del conjunto A, como se suele decir en la teoría. Única, Pulgarcita existe como individuo, como una persona, no como una abstracción. Esto merece una explicación.

¿Quién se acuerda de la antigua división, frecuente en Europa, entre cuatro facultades: letras, ciencias, derecho y medicina-farmacia? Las primeras cantaban el *ego*, el *yo* personal, el humano de Montaigne, así como el *nosotros* de los





historiadores, lingüistas y sociólogos. Con su descripción, explicación y cálculo del *esto*, las facultades de ciencias enunciaban leyes generales, incluso universales: Newton para la ecuación de los astros, Lavoisier para el bautismo de los cuerpos. Medicina y derecho, situados ambos en tercer lugar, accedían juntos, quizás sin entenderlo, a una forma de conocer ignorada por las ciencias y las letras. Con la unión de lo general y lo particular nació en estas facultades jurídicas y médicas un tercer sujeto... uno de los ancestros de Pulgarcita.

Su cuerpo, para empezar. Hasta hace poco, una figura de anatomía mostraba un esquema: de la cadera, de la aorta, del útero... dibujo abstracto, casi geométrico, general. Ahora reproduce una IRM de la cadera de cierto anciano de ochenta años, la aorta de aquella jovencita de dieciséis años... Aunque son individuales, estas imágenes tienen un valor genérico y cualitativo. De la misma manera, los jurisconsultos romanos, casuis-

tas, cuando estudiaban un caso tenían la costumbre de designar un tema mencionado en una causa con el nombre de *Gaius* o de *Cassius*: nombres de código, nombres de guerra o de pluma, seudónimos, únicos con dos personas: *individuales* y *genéricos*. Estos nombres, en efecto, establecen un puente entre generalidad y particularidad; son dobles, lo uno vale por lo otro.

Entended *Pulgarcita* como un código para determinado estudiante, aquel paciente, este obrero o campesino, cierto elector, uno que pasa por la calle, un ciudadano... *anónimo*, es cierto, pero *individuado*. Menos un elector que cuenta en los sondeos, menos un tele-espectador que cuenta como tal en el Audimat, menos una cantidad que una cualidad, una existencia. Como ayer el soldado desconocido, cuyo cuerpo yace aquí verdaderamente, de tal manera que el análisis de su ADN podría individualizarlo, este anónimo es el héroe de nuestro tiempo.

Pulgarcita codifica este anonimato.





Algorítmico, procedimental

Observad ahora a Pulgarcita manipulando un teléfono móvil y dominando sus botoncitos, juegos y motores de búsqueda: despliega sin vacilación un campo cognitivo que una parte de la cultura anterior, la de las ciencias y las letras, dejó mucho tiempo en barbecho y que se puede llamar «procedimental». Estas manipulaciones, esta gestualidad, antes sólo servían, en la escuela elemental, para plantear del modo correcto las operaciones más simples de la aritmética y quizás también, a veces, para montar artificios retóricos o gramaticales. Ahora estos procedimientos, que empiezan a competir con las abstracciones de la geometría, así como con las descripciones de las ciencias sin matemáticas, penetran el saber y las técnicas. Constituyen el pensamiento *algorítmico*. Éste empieza a comprender el orden de las cosas y a ser útil para nuestras prácticas. Antes formaba parte, al me-

nos a ciegas, del ejercicio jurídico y de las artes médicas. Ambos se enseñaban en universidades separadas de las ciencias y las letras porque, precisamente, utilizaban recetas, encadenamientos de gestos, series de formalidades, maneras de proceder, sí, procedimientos.

Ahora, el aterrizaje de aeronaves en pistas frecuentadas; las conexiones aéreas, ferroviarias, de carreteras, marítimas, en un continente, dado; una larga operación quirúrgica de riñón o de corazón; la fusión de dos sociedades industriales; la solución de un problema abstracto de aquéllos que requieren una demostración larga de centenares de páginas; el diseño de un chip, la programación, la utilización del GPS... exigen conductas diferentes de la abstracción del geómetra o la inducción experimental. Lo objetivo, lo colectivo, lo tecnológico, todo lo que corresponde a las organizaciones... *se somete hoy día mucho más a esa cognición algorítmica o procedimental que a las abstracciones declarativas* consagradas





por la filosofía desde hace más de dos milenios y que han nutrido las ciencias y las letras. Sí, limitándose a lo analítico ya no se puede percibir cómo se instaura esta cognición, se pierde el pensamiento, y no sólo sus medios sino también sus objetos, incluso su sujeto —se yerra, pues, nuestro tiempo.

EMERGENCIA

Esta novedad no es nueva. El pensamiento algorítmico, que precedió a la invención, en Grecia, de la geometría, vuelve a emerger en Europa con Pascal y con Leibniz, que inventaron sendas máquinas de calcular y que, al igual que Pulgarcita, emplearon seudónimos. Formidable, pero en aquellos tiempos discreta, esta revolución pasó desapercibida para los filósofos, que se habían alimentado de las ciencias y las letras. Entre la formalidad geométrica —las ciencias— y la realidad personal —las letras— surgía entonces una

nueva cognición de los hombres y de las cosas, ya prevista en el ejercicio de la medicina y del derecho, ambos preocupados por reunir jurisdicción y jurisprudencia, enfermo y enfermedad, universal y particular. Emergía aquí nuestra novedad.

Mil métodos eficaces emplean ahora, en efecto, procedimientos o algoritmos. Heredera directa del Creciente Fértil anterior a Grecia, de Al-Khwarizmi, sabio persa que escribía árabe, de Leibniz y de Pascal, esta cultura invade hoy el área de la abstracción y también de lo concreto. Letras y ciencias pierden una vieja batalla que empezó con el *Menón*, diálogo de Platón donde un Sócrates geómetra menosprecia a un pequeño esclavo que, lejos de llevar a cabo demostraciones, emplea procedimientos. Este siervo anónimo, lo bautizó hoy día Pulgarcito: ¡es él quien vence a Sócrates! ¡Vuelco más que milenario en la presunción de competencia!

La nueva victoria de estos viejos procedimientos proviene de que el algoritmo y el proce-





dimiento se basan en códigos... Volvamos, por lo tanto, a los nombres.

ELOGIO DEL CÓDIGO

Es éste, precisamente, un término (*codex*) que siempre fue común al derecho y a la jurisprudencia, a la medicina y a la farmacia. Pero resulta que hoy día la bioquímica, la teoría de la información, las nuevas tecnologías, se apoderan de él y lo extienden al saber y a la acción en general. En el pasado, el pueblo no entendía nada de los códigos jurídicos ni entendía los que se empleaban en los medicamentos; abierta y cerrada, su escritura, aunque estuviera a la vista de todos, sólo era legible para los doctos. Un código era semejante a una moneda con cara y cruz, contradictorias la una con la otra: era accesible y secreto. Desde hace un tiempo vivimos en la civilización del acceso. Lo que corresponde lingüísticamente y cognitivamente a esta cultura es ahora el código, que per-

mite el acceso o lo prohibe. Pero como el código, precisamente, instituye un conjunto de correspondencias entre dos sistemas que es preciso traducir del uno al otro, posee dos caras que necesitamos en la libre circulación de los flujos, cuya novedad acabo de describir. Para preservar el anonimato dejando libre el acceso, basta con codificar.

Y resulta que el código es el viviente singular; resulta que el código es el hombre. ¿Quién soy yo, único, individuo, también genérico? Una cifra indefinida, descifrable, indescifrable, abierta y cerrada, social y púdica, accesible-inaccesible, pública y privada, íntima y secreta. Soy, a veces, desconocido para mí mismo y al mismo tiempo estoy expuesto. Existo: entonces, soy un código, calculable, incalculable, como la aguja de oro en su montón de paja donde, sumergida, disimula su brillo. Mi ADN, por ejemplo, al mismo tiempo abierto y cerrado, cuya cifra me ha construido carnalmente, cifra íntima y pública como las *Confesiones* de san Agustín... ¿cuántos sig-





nos? *La Gioconda*, ¿cuántos píxels? El *Requiem* de Fauré, ¿cuántos bytes?

Medicina y derecho alimentaban desde hace tiempo esta idea del hombre como código. El saber y las prácticas hoy día lo confirman, con sus métodos que emplean *algoritmos y procedimientos*; el código da a luz otro ego. ¿Personal, intimo, secreto? Sí. ¿Genérico, público, publicable? Sí. Mejor ambas cosas: doble, como ya he dicho del seudónimo.

Elogio del pasaporte

Los antiguos egipcios distinguían, se suele decir, el cuerpo humano de su alma, como nosotros, pero añadían a esta dualidad un doble, *Ka*. Ciertamente, sabemos reproducir el cuerpo, ahí fuera, mediante la ciencia, con pantallas y fórmulas; y describir el alma íntima, en confesiones, como Rousseau —¿cuántos signos? ¿Puedo reproducir igualmente mi doble, accesible y publi-

cable, aunque sea indefinido y secreto? Basta con codificarlo. Generalizando todos los datos posibles, íntimos, personales y sociales, la Tarjeta Vital, por ejemplo, inventamos un *Ka*, pasaporte universal, codificado: abierto y cerrado, público y secreto sin contradicción. ¿Qué tendría esto de raro? Aunque trato de pensar por mí mismo, hablo en lengua común.

Este *ego*, en conciencia y en alma, es posible confesarlo suavemente, pero también es posible metérselo, como dura materia plástica, en un bolsillo. Sujeto, sí; objeto, sí; doble pues, también. Doble como un paciente, doloroso, singularmente, pero ofrecido como un paisaje a la mirada médica. Doble, competente, incompetente... doble como un ciudadano, público y privado.

Imagen de la sociedad de hoy

En tiempos inolvidables, algunos héroes quisieron construir una torre muy alta. Llegados de





tierras dispares, locutores de idiomas intraducibles, no lo consiguieron. Sin comprensión no es posible un equipo; sin colectivo no hay edificio. La torre de Babel apenas se levantó un palmo del suelo. Pasaron miles de años.

Desde la época en que en Israel, en Babilonia o en Alejandría, profetas o escribas empezaron a escribir, se hicieron posibles los equipos y entonces la pirámide se elevó, igual que el templo o el zigurat. Fueron culminados. Pasaron miles de años.

Una buena mañana, en París, una reunión humana llamada Exposición Universal dio lugar a un ensayo semejante. En su página, una cabeza experta dibujó un plano; luego eligió los materiales, calculó su resistencia y fue entrelazando traviesas de acero hasta alcanzar trescientos metros de altura. Desde entonces, la torre Eiffel vela sobre la *rive gauche* del Sena.

Desde las pirámides hasta ella, las primeras de piedra, la última de acero, la forma global

permanece estable; estable en su estado, estable como el Estado, palabras que forman una sola. El equilibrio estático coincide con el modelo del poder, invariable a través de diez variaciones aparentes, religiosas, militares, económicas, financieras, expertas... poder siempre en las manos de unos pocos, arriba, estrechamente unidos por el dinero, con las fuerzas armadas u otros aparatos adecuados para dominar a una base amplia y baja. Entre el monstruo de roca y el dinosaurio de hierro, ningún cambio notable, la misma forma se muestra más ligera y transparente, elegante en París, compacta y densa en el desierto, pero en ambos casos con la punta en la cima y la base ensanchada.

La decisión democrática no cambia nada en este esquema. Sentaos en el suelo y seréis todos iguales, decían los antiguos griegos. Astuta, esta mentira hace ver que no ve, en la base de la pirámide o de la torre, el centro de la asamblea marcado en el suelo por la proyección de la cima





piramidal, el lugar donde aterriza su punta sublime. Centralismo democrático, decía el partido comunista de antes, reproduciendo esta vieja ilusión escénica, mientras que en el centro cercano velaban Stalin y sus secuaces, que deportaban, torturaban, mataban. A falta de un cambio real, nosotros, sujetos de la periferia, preferimos un poder lejano, en la parte superior del eje, a este vecino terrorífico. Nuestros antepasados franceses hicieron la revolución no tanto contra el rey, más bien popular, sino para suprimir al barón, más cercano.

Keops, Eiffel, el mismo Estado.

Michel Authier, que tuvo la genial idea, y yo mismo, su ayudante, proyectamos encender un fuego o plantar un árbol frente a la torre Eiffel, en la otra orilla del Sena. En gran número de ordenadores, dispersos, cada cual introducirá su pasaporte, su *Ka,* imagen anónima e individuada, su identidad codificada, de tal manera que una luz láser, como una fuente de co-

lores, surja del suelo y reproduzca la suma innumerable de esas tarjetas, muestre la imagen proliferante de la colectividad, formada de este modo virtualmente. Por sí mismo, cada uno entrará en este equipo virtual único que irá uniendo, en una imagen única y múltiple, a todos los individuos que formarán parte de un colectivo diseminado, con sus cualidades concretas y codificadas. En ese icono elevado, tan alto como la torre, las características comunes se reunirán en una especie de tronco, las menos frecuentes en ramas y las excepcionales en hojas o yemas. Pero como esta suma no dejaría de cambiar, y como cada uno con cada uno y cada uno tras cada uno se transformaría día a día, el árbol así alzado vibraría locamente, como ardiendo en llamas danzantes.

Frente a la Torre inmóvil, férrea, que lleva con orgullo el nombre de su autor y olvida los miles que herraron la obra, donde algunos murieron, frente a la Torre, portadora, en la cima, de





uno de los emisores de la voz de su amo, bailará, nueva, variable, móvil, fluctuante, abigarrada, caleidoscópica, una torre voluble hecha de chispas de luz cromática, representando al colectivo conectado, tanto más real por representar los datos de cada uno, en su presentación virtual, participativa y, cuando se quiera, también decisiva. Volátil, viva y blanda, la sociedad de hoy lanza mil lenguas de fuego al monstruo de ayer, duro, piramidal y helado. Muerto.

Babel, estadio oral, sin torres. Desde las pirámides hasta Eiffel, Estado descrito, Estado estable. Árbol en llamas, novedad viviente.

Encantada pero severa, Pulgarcita: en esto de permanecer en París os encuentro a los dos muy viejos. Haced que también se inflame este árbol volátil sobre las orillas del Rin, que en él bailen mis amigas alemanas; sobre el collado Agnel, para cantar con mis colegas italianas; a lo largo del Danubio azul y las orillas del Báltico... Verdades a este lado del Mediterráneo, del At-

lántico y los Pirineos; verdades, más allá, donde están los turcos, los íberos, los magrebís, congoleños, brasileños...

Enero de 2012





